

Amador

① p.

LOS OSCUROS HUESOS DE LA LLUVIA

Teoría de la luz

Todo ojo al ver se vuelve un Sísifo
que lleva sobre su espalda
la piedra de su propia pupila;

es arrastrar la carga de inventar un mundo
en cada parpadeo,
esculpir un gorrión o un atardecer
con el roto cincel de la luz.

El ciego levanta ligeramente el rostro al cielo,
siente la lluvia caer en sus mejillas
y suspira con el sosiego
del que se topa con la vida como es.

Tesitura

Músicos ciegos tocan guitarras y saxofones
en concurridas calles bogotanas.

Aunque su música suene con lluviosa persistencia,
ignoramos las otras melodías
que tocan con los negros plectros de sus ojos.

Si también fuésemos ciegos
podríamos disfrutar de esas piedrecillas de aire
que se abisman del jardín de sus párpados.

Escalas y arpeggios mucho más bellos
que los que atraviesan nuestros oídos.

Braille aéreo.

Música hecha para oírse con los dedos.

Los amantes

En la pugna por encontrar la luz o el amor,
los novios ciegos se toman de la mano.

Cada uno guía al otro
para dar con la mejor forma de perderse.

En realidad, no se distancian tanto
los amantes ciegos de los videntes.

No es mucha ventaja
tener dos ojos para enamorarse.

Ambas parejas transitan
el mismo camino a tumbos.

Ambas parejas tienen el corazón
golpeando objetos con su bastón blanco.

En la noche guardan palabras aceitosas
en el dorso de su lengua,

Humberto, el fotógrafo

El viento es otra forma de la luz, se le oye decir con frecuencia a Humberto, el fotógrafo más famoso de la Plaza de Bolívar. Para tomarse una foto con Humberto basta apenas cumplir con una condición: ir cuando en la plaza esté venteando, al menos, moderadamente. Por una entrañable relación, como la que tienen las hormigas con el musgo, Humberto ha logrado domesticar al viento. Así, desde que su vista se convirtió en un daguerrotipo que solo unos pocos con nostalgia pueden conservar, sabe cuándo tomar sus fotos en el momento en el que el viento golpea los objetos retratados, haciéndolos silbar con melodías erráticas y tumultuosas que sólo él sabe interpretar. El resultado: una foto de encuadre perfecto, luz balanceada, con el viento vuelto su flash, una paloma invisible colgada de los hombros de los fotografiados.

Piedras rodantes

Para Henry Alexander Gómez

Junto a los cazadores de colmillos de elefante, aparecieron en el África del siglo XIX hombres con afán de ojos muertos; cuervos sin alas que arrancaban las pupilas enneguecidas que se topaban en los pueblos subsaharianos. Aquellos cazadores descubrieron los poderes de los ojos de los ciegos, esa capacidad de ennegrecer cualquier cosa que tocaran. Algunos en aviones lograron lanzarlos contra las nubes hasta que llovieron gruesas gotas de oscuros huesos. Otros pudieron pintar de negro un gallo que resultó cantando solamente cuando caía la noche. Cuentan que, incluso de día, en Reikiavik soplaban un viento azabache que se extendía por el cielo como un árbol de ébano. En un bosque noruego, un hombre de largo cabello, usando como plectro un ojo de ciego, deshojaba de su guitarra notas amargas, hechas de carbón.

La práctica, afortunadamente y por razones obvias, ha cesado, aunque hay quienes piensan que en las noches algunas sombras no lucen naturales; esas sombras que vienen con un ruido de piedras rodantes.

Las ventanas

Con más razón hay ventanas
en las casas de los ciegos.

Por los ventanales de los videntes
los paisajes y los atardeceres
aparecen sin mucha algarabía;
como las cortinas o las sillas,
son una decoración más en el hogar.

Pero en las ventanas de los ciegos
hay paisajes que sienten más que nunca
el peso de las miradas ausentes.

Angustiados,
no pueden evitar desesperarse,
entonces se alcanza a oír cómo ladran los árboles,
cómo mugen las montañas.

También hay atardeceres que no improvisan
colores en el cielo,
sino fraseos melancólicos de jazz,
piezas íntimas, muy sutiles,

Dimensiones

¿Cómo medir el cuerpo

del que ha muerto ciego?

¿Dónde empiezan sus pies?

¿En las raíces de un sietecueros?

¿En el corredor de una biblioteca a medianoche?

¿En las primeras notas de una canción de Schoenberg?

¿Dónde termina su rostro?

¿En el gemido de un perro callejero antes de dormir?

¿En esas transiciones líquidas e inciertas entre dos sueños?

¿En el frío de un pabito apagado por una gota de sangre?

Regreso

La ciudad esconde un color para los ciegos
después de la muerte.

Cuando despierten, abrirán los ojos
y se toparán con un lirio difícil de describir,
hecho con extrañas tonalidades
que los arreboles producían,
clandestinamente,
detrás de los edificios.

Tomarán su tallo,
se lo llevarán a su nariz
y les llegará el olor
que tienen las naranjas cuando,
esquivas para los ángeles
pero no para los hijos y padres nunca vistos,
aún maduran en el cielo.